

## El revisionismo histórico y la Guerra Civil

Sebastian Balfour

Sebastián Balfour es historiador especializado en el siglo XX español. Actualmente es profesor de Historia Contemporánea de España en la London School of Economics. Ha publicado, entre otras obras, *Abraza mortal. De la guerra colonial a la guerra civil. España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península, 2002 y (con Paul Preston, eds.), *España y las grandes potencias en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2002.

La polémica en torno al revisionismo histórico español y la Guerra Civil tiene una trascendencia más allá de la historiografía, por dos motivos principales. En primer lugar, entender las causas de la Guerra Civil y sacar a la luz la represión del franquismo no son sólo tareas inacabadas sino una forma de entender el presente y actuar sobre el mismo. Una de las raíces de la polémica actual en torno a nación, identidad y arquitectura del Estado es precisamente este pasado. La falta de una reconciliación con el pasado franquista en todos sus aspectos obstaculiza la construcción de una convivencia democrática, porque el nacionalismo de todo tipo fue condicionado profundamente por la Guerra Civil y el franquismo.

En segundo lugar, se trata de un fenómeno más universal e inquietante que la simple polémica sobre la Guerra Civil. No me refiero únicamente a la suma de revisionismos históricos en diferentes países del mundo, empezando con Alemania y la cuestión del Holocausto, sino también al fenómeno de una contraofensiva global política e ideológica de la derecha a partir de finales de los años noventa, cuya articulación más intensa se ha producido en los Estados Unidos, desde el 11 de septiembre 2001. No creo que esta ofensiva tenga que ver con una mayor popularización de la ideología de la derecha sino con una mayor organización política y mediática. Esta derecha ha sabido instrumentalizar las inseguridades creadas por la globalización y la crisis ideológica de la izquierda o centro-izquierda, movilizando a viejos y nuevos sectores de la opinión pública en torno a una supuesta desintegración de un mundo imaginado. El blanco principal de estas inseguridades han sido los inmigrantes y los que piden asilo, y, en España, los nacionalismos periféricos y la izquierda que busca el encaje de estos nacionalismos dentro del Estado.

Esta ofensiva en España coincide con la llegada al poder del Partido Popular en 1996 y, sobre todo, con la victoria electoral del año 2000 en que logró una mayoría absoluta. Como parte de esta acometida se replanteó toda una serie de políticas en ámbitos como exteriores, enseñanza, derechos civiles, cuestiones morales, y la arquitectura del Estado. Con respecto al pasado se lanzó una contraofensiva como respuesta sobre todo al trabajo de recuperación de la memoria histórica sobre la Guerra Civil, la apertura de las fosas comunes, la concesión de la nacionalidad a los supervivientes de las Brigadas Internacionales, etc., que empezó a tomar auge en los años noventa. Los medios de esta contraofensiva han sido el Partido Popular, la FAES (y los intereses económicos y financieros que financian la Fundación), la Iglesia, y todo el mundo mediático que controla la derecha –la COPE y Libertad Digital, con sus César Vidal y Jiménez Losantos, el *ABC*, *El Mundo*, y varias editoriales. El fenómeno del revisionista más destacado, Pío Moa, sólo puede entenderse como parte de esta campaña de revisión de la historia, aunque puede haber otras variables que explican el éxito que han tenido sus libros. Todo esto representa la ruptura del pacto de silencio, o mejor dicho el pacto por la no instrumentalización política del pasado, lo que coin-

cide con el acceso a la política de los nietos de la Guerra Civil (entre los cuales hay una nueva izquierda sin partido que ya no acepta ese pacto).

Pero antes de abordar la naturaleza discursiva de esta contraofensiva, conviene intentar aclarar el significado de la palabra *reversionismo*. El término en sí mismo es problemático y tiene diferentes usos. Todo historiador serio es revisionista en la medida en que desacraliza mitos y cuestiona interpretaciones aceptadas con nuevos datos o nuevos análisis. Se aplica por consiguiente a trabajos serios con una base empírica rica que deconstruyen narrativas establecidas. Por otra parte, el término ha estado muy vinculado a la «revisión» de un cuerpo doctrinal como el marxismo. Pero su significado internacional más corriente en la actualidad es el de la historiografía o periodismo de derechas que niegan o matizan las pruebas sobre el Holocausto, sosteniendo que es un mito o cuestionando el grado de persecución o el número de víctimas. Los negadores del Holocausto acapararon el término de «reversionismo» como parte de un intento de autolegitimación. Pero muchos de sus exponentes más destacados, como David Irving, Greg Raven o Arthur Butz ni tan siquiera son historiadores profesionales.

En realidad, este revisionismo histórico, como el español, no se merece tal término porque no ofrece nuevos análisis basados en un trabajo de archivo o de memoria histórica, sino más bien reactualizaciones, como sostiene Enrique Moradiellos, de viejas propagandas. Los negadores del Holocausto que tuvieron tanta publicidad al final de los años setenta se basaron en la propaganda antisemita de la posguerra, como por ejemplo el trabajo del francés Paul Rassinier en *Le Mensonge d'Ulysse*. Estos revisionistas tomaban como punto de partida la negación del Holocausto, invirtiendo la metodología de la investigación histórica. Otra práctica de los revisionistas es lo que se ha llamado en alemán *Aufrechnung*, la búsqueda de circunstancias atenuantes para cada atrocidad nazi. Esto fue la acusación de Habermas al libro controvertido de Andreas Hillgruber (*La destrucción del Tercer Reich y el final de la judería europea*, 1986). Por el contrario, merece el término revisionista el libro de Daniel Goldhagen (*Los verdugos voluntarios de Hitler*, 1996), en que sostiene con nuevas pruebas que muchos alemanes no sólo consintieron sino ayudaron a realizar la eliminación de judíos (por no mencionar homosexuales, gitanos, minusválidos, etc.), y lo merece mucho más que los negadores del Holocausto.

En el caso español, el describir a Moa como revisionista es conferirle un estatus o una legitimidad que no merece porque no es historiador y no se ancla en la investigación de archivos, entre muchas otras razones. Tampoco aporta nada nuevo en su narrativa, que es en realidad una reedición de los planteamientos franquistas de los años sesenta. Según esas tesis, la Guerra Civil ya no se presentaba como una guerra de los buenos contra los malos sino como un inmenso error colectivo, el rebrote de un cainismo español casi genético, en la que las responsabilidades estuvieron compartidas entre derecha e izquierda. La narrativa de Moa se centra casi exclusivamente en las supuestas atrocidades republicanas sin abordar las de los «nacionales», como si fuesen igual de brutales. Dejando a un lado el tema de la cuantificación de víctimas de los dos bandos, investigación todavía por terminar, esta narrativa pasa por alto la diferencia fundamental entre los dos tipos de violencia. La de los republicanos fue sobre todo una respuesta al «alzamiento» en las semanas que lo siguieron. Cuando el Estado logró reimponer el orden en las zonas republicanas esta violencia cayó en picado. La de los «nacionales» no fue una violencia espontánea o incontrolada, sino una violencia dirigida desde el nuevo Estado franquista mismo. Continuó no sólo durante toda la guerra sino mucho después, durante años, con los tribuna-

les, las ejecuciones y la represión. Hay una diferencia esencial entre, por un lado, la violencia individual o de grupo y, por otro, la violencia estatal o institucional, por no hablar de las razones que empujan a uno y otro a la violencia.

Una de las características del supuesto revisionismo español, cuyo exponente más enérgico es Pío Moa, es la inversión de discursos. O sea, el lenguaje, los argumentos, incluso los referentes morales o filosóficos utilizados por la izquierda para denunciar las distorsiones franquistas sobre el pasado se invierten en el revisionismo y se movilizan contra la izquierda. Por ejemplo, se tacha de totalitaria a la izquierda y a los nacionalismos periféricos, manipulando el término utilizado por Hannah Arendt, filósofa asociada a la izquierda no comunista (véase como ejemplos los artículos de Álvarez Tardío en *Nueva Revista* e Isabel Durán en *Libertad Digital*). Otra inversión es tildar las supuestas violencias de los «rojos» de historia oculta, no contada, cuando fueron contadas machaconamente durante cuarenta años. Un tercer ejemplo de esta inversión es la autodefinition del trabajo de Moa y otros como un esfuerzo por desmentir la «ficción del pasado» cuando en realidad esta ficción es característica de la narrativa de la derecha, como prueba el trabajo de los historiadores serios. Este recurso retórico recuerda el precedente de los «nacionales» que condenaron la defensa del estado democrático del 36 como «rebelión». Otra táctica de inversión discursiva, finalmente, como señala Francisco Espinosa (*El fenómeno revisionista o las fantasmas de la derecha española*, Badajoz, 2005), es mantener una apariencia de veracidad histórica, utilizando un estilo aparentemente desapasionado y una exposición y uso de los argumentos contrarios para dar impresión de objetividad y de superación de planteamientos caducos.

Otra característica del pretendido revisionismo es el relativismo moral. Moa, por ejemplo, nos tiende una trampa relativista al aseverar en sus libros, como *Los mitos de la Guerra Civil* y *El derrumbe de la II República y la Guerra Civil*, que las atrocidades de guerra implican a todos, de modo que nadie tiene derecho a enjuiciar las de otros. Así, los ingleses inventaron los campos de concentración en Suráfrica, por lo que no tienen nada que decir sobre la represión franquista porque eso sería aplicar una ley para unos y otra para otros; aún menos tienen que decir los ingleses si se piensa en el bombardeo de civiles en Dresden o los norteamericanos con las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki. Este relativismo moral se extiende a la cuestión del número de víctimas. Según Moa, hubo más víctimas en los casos de bombardeo de civiles en la Segunda Guerra Mundial que bajo la ofensiva de los «nacionales» en la Guerra Civil, como hubo más víctimas francesas de las purgas de colaboracionistas en la Francia de posguerra que durante la ocupación alemana. Pero el ser inglés no me quita el derecho de criticar la represión franquista, sobre todo si condeno también los campos de concentración y el bombardeo de Dresden. Tampoco la comparación con otras barbaridades justifica la barbaridad de uno mismo.

Este intento de manejar balances comparativos de atrocidades para quitar culpabilidad desvela otro relativismo tramposo, el de la descontextualización histórica. En cualquier guerra se cometen barbaridades, dice Moa, como si la guerra no tuviese una dimensión ética. Una guerra de defensa de la democracia no es lo mismo que una guerra de conquista o una guerra contra la democracia como la que siguió el fallido golpe de julio del 36 contra el Estado republicano. Es verdad que entrar en guerra para defender la democracia no justifica destruir una ciudad de civiles si hay otras opciones militares. Es difícil también con-

cebir una guerra justa en la cual se cometen atrocidades (lo argumenta bien Jonathan Glover en su libro *Humanidad e inhumanidad. Una historia moral del siglo xx*, Madrid, 2001). Pero aún menos justificación ética tiene el cometer atrocidades en una guerra contra la democracia. En cuanto a la represión de posguerra en España, Moa la caracteriza como «la mayor tacha del franquismo» pero en seguida la relativiza al definirla como «intento de escarmiento que asegurase la paz» como si se tratase de una triste necesidad. En realidad, las pruebas indican un intento de limpieza sistemática (*limpieza* es la palabra utilizada en los despachos militares) del Otro español (rojo, masón, judío, republicano y otros) cuando era manifiestamente evidente que no representaba peligro alguno porque la victoria franquista había sido aplastante.

En su conjunto, los libros revisionistas sobre la Guerra Civil, como ha sostenido Moradiellos en la revista *El Catoblepas* de mayo 2003, son re-actualizaciones de las interpretaciones de los aperturistas franquistas. O sea, no son libros de historiadores profesionales que se muevan a fuerza de años de consulta de archivos, de entrevistas, y de miles de documentos; que además sometan a prueba sus hipótesis, buscando rebatirlas y probarlas con datos empíricos y fuentes primarias de todo tipo. En su *El derrumbe de la II República y la Guerra Civil* Moa consultó sólo tres archivos. De las 761 referencias, sólo 138 se refieren a fuentes primarias pero de éstas, casi todas son de memorias publicadas (sobre todo las de Azaña). Incluso, Moa parece confundir lo que es una fuente primaria con una fuente secundaria. Así asume como incontestables cifras e interpretaciones de fuentes secundarias que sostienen sus hipótesis, sobre todo las de los hermanos Salas Larrazábal, Ricardo de la Cierva y Joaquín Arrarás, sin someterlas a investigación. Un historiador profesional sigue otro camino. Por ejemplo, en su libro *Armas para España* (Barcelona, 2000) (criticado severamente por Moa), Gerald Howson consultó 25 archivos, dedicándose en el texto a sopesar la validez de los documentos que encontró.

En cuanto a la cuestión de armamentos, la tesis de Moa del equilibrio de fuerzas y armamentos entre nacionales y republicanos ha sido rebatida de forma contundente por Moradiellos (en el mismo número de *El Catoblepas*), basándose en los trabajos archivísticos exhaustivos como el de Gerald Howson en los archivos rusos y alemanes. Estos trabajos establecen que la intervención alemana e italiana y la no intervención o bloqueo inglés y francés fueron cruciales en el balance de fuerzas. Quisiera añadir a estas pruebas una modesta contribución mía en mi libro *Abrazo mortal* (Barcelona, 2002), basada sobre todo en la investigación del archivo del general Varela, comandante en jefe de las tropas del asedio de Madrid (archivo que hasta hace poco era privado y que casi nadie había consultado). Sin entrar en detalles, una importante hipótesis puede extraerse de los informes de guerra desde el frente madrileño: que el Ejército de África, y sobre todo las tropas indígenas, tuvieron un papel crucial en los combates en torno a Madrid y luego en los diferentes frentes en el norte y el este. Fueron tropas de choque que se utilizaron constantemente para reforzar líneas que se derrumbaban. Por consiguiente, el puente aéreo y el convoy marítimo que trasladó al Ejército de África a la península fueron decisivos en la victoria de los «nacionales». Y sólo pudieron realizarse con la ayuda alemana e italiana, cuya importancia, en las tesis de Moa, está minimizada.

En definitiva, la contraofensiva de la derecha y su replanteamiento de las tesis del neofranquismo sobre la Guerra Civil es muestra de una debilidad o fallo en el discurso global de la derecha en España. En muchas de las declaraciones del Partido Popular, se percibe un

intento pragmático de posicionarse en el centro del espectro político, que es donde se ganan las elecciones; tómese como ejemplo el famoso documento sobre el patriotismo constitucional de Piqué y María San Gil, asumido por el partido en su Congreso de 2002. Pero su reticencia o renuencia a la hora de entender el pasado, el pasado de muchos de sus padres o abuelos, de asumir las conclusiones de los trabajos serios sobre el pasado, debilita o contradice sus intentos de actualizar su discurso político y me refiero no sólo a la Guerra Civil sino a cuestiones de candente actualidad como nación e identidad o los modelos históricos del conservadurismo español. La nación española y la identidad nacional se convirtieron en términos políticamente incorrectos no por la voracidad de los nacionalismos catalán y vasco, como dice Edurne Uriarte (*España, patriotismo y nación*, Madrid, 2003) y otros intelectuales orgánicos de PP, sino porque la derecha no sometió el discurso franquista a revisión. Por eso no pudo ofrecer un proyecto nacional inclusivo. O sea: fueron incapaces de limpiar su propio establo.

Estas contradicciones se ven repetidas en la política actual de movilizar a la derecha tradicional en torno a cuestiones morales e identitarias. El problema para el PP, si es que lo percibe, es que esta derecha les va a votar de todas formas, como va a votar a la derecha sin duda la mayoría de los lectores de Moa. Para conseguir el poder de modo estable el PP necesita actualizar su discurso y esto implica entender el pasado sin mitos. Como dijo un destacado miembro de la FAES, González Quirós (*Una apología del patriotismo*, Madrid, 2002), «la historia... es una forma especialmente importante de contribuir al logro de lo que queremos ser... el pasado es... una forma de decirnos qué y quiénes somos, quiénes pensamos ser». La derecha no ha asumido este sabio consejo. Nos toca a nosotros, los historiadores profesionales, desmontar sus intentos de distorsionar la historia.

Cherna Madoz:  
*Sin título*, (1992)

